

## La fe de Renán



Adieu, donc, ô Dieu de ma jeunesse!  
RENÁN. *L'Avenir de la Science.*



CABA de celebrarse, ahora, el 27 de febrero, el primer centenario del nacimiento de Ernesto Renán, y el 19 de junio próximo se cumplirá el tercero del de Blas Pascal. Pascal y Renán, mucho más emparentados que pudiera creerse. Pascal, el del sollozo contenido que fué su vida, tomó por creencia las ganas de creer, y Renán, el de la sonrisa trágica, vivió de la añoranza de la fe de su niñez y mocedad. «En el fondo siento que mi vida está siempre gobernada por una fe que ya no tengo», decía él mismo al principio de sus *Recuerdos de infancia y de juventud*. ¡Una fe que ya no tenía...! ¿Y qué es tener fe? Otra vez se llamó «un cura fracasado (*un prêtre manqué*)».

¿La fe de Renán? «A menos de creer por instinto, como los simples, no se puede creer mas que por escepticismo.» (*Porvenir de la Ciencia*, III.) Ya en sus *Nuevos cuadernos de juventud* leemos que cuando sólo tenía veintitrés años escribía que la duda es tan hermosa que acababa de rogar a Dios que jamás le librase de ella, «porque sería yo menos bello, aunque más dichoso». Y él pidió, rogó, siempre a Dios la perfección y no la dicha. Rogó, rezó, hasta cuando creía ya no creer, sino dudando; sus más hermosas, íntimas y entrañadas páginas le son de oración: son plegarias. Y no me refiero a la tan celebrada que elevó ante la Acrópolis a Atena, la Minerva helénica. Renán, que se explicaba ciertas deficiencias espirituales de Clemenceau por no rezar éste, Renán rezaba escribiendo. Sus escritos suelen parar en plegarias; su estilo es litúrgico.

El final del libro que dedicó al porvenir de la ciencia y en que vertió su fe, fe hecha de dudas, fe escéptica, fe viva, fe muerta, fe dogmática, en la razón, es una plegaria. «He sido formado por la Iglesia—dice—, le debo lo que soy y

RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo III

no lo olvidaré jamás. La Iglesia me ha separado de lo profano, y se lo agradezco. Aquel a quien Dios ha tocado será siempre un sér aparte; está, haga lo que hiciere, desenejado entre los hombres; se le conoce en una señal.» Y luego: «¡Oh, Dios de mi juventud!, he esperado largo tiempo volver a ti a banderas desplegadas y con la altivez de la razón, y acaso volveré humilde y vencido como una débil mujer...» Y acababa: «Adiós, pues, ¡oh, Dios de mi juventud! Acaso serás el de mi lecho de muerte. ¡Adiós; aunque me hayas engañado, te quiero todavía!» ¿Hay en todo Pascal un sollozo tan desgarrador como éste? Y aquí: «¡Adiós, Dios!» Debajo de este aparente *calembour*, de este juego de palabras, hay todo un mundo de dolores intelectuales, que son los más trágicos de los dolores. ¿Sabéis lo que es la rotura de un hábito mental? Hay momentos en que uno se cree loco y entra en la agonía de la ra-

zón; una agonía como la de Jesús en el Huerto de Getsemaní.

Renán, que decía que pocas personas tienen derecho a no creer en el cristianismo, le preguntaba a su Dios, teniendo veintitrés años, si quería que se hiciese un nihilista y que renunciara a la ciencia. «No puedo creer que me lo pidas. Lo que querría saber si me quieres, pues no puedes estar muerto. ¿Qué eres, pues?

¡Tanto mejor si eres Dios; pero entonces házmelo saber!» Después pareció aquietarse, resolvió su carrera, se casó y resignóse a buscar, en apasionada pesquisa, la verdad. Y lo de que se casara, él, cura fracasado y siempre clérigo, y se hiciese marido y padre, especie de sacerdote laico o pastor protestante liberal, es lo que acaso más hondamente le distingue de Pascal, soltero y laico siempre, monje del siglo.

Para alimentar la trágica añoranza de su fe infantil dedicóse a la pesquisa y enquisa de la verdad, para la que en conjunto, creía, está poca hecha la es-





pecie humana (*Hist. del pueblo de Israel*, lib. V, cap. XVIII). Y es que buscándola, temía a la verdad. Sabía acaso que si quien ve la cara a Dios se muere, según las Escrituras (Jueces, XIII, 22), el que encuentra a la verdad entera y desnuda y se casa con ella, se vuelve loco de desesperación. Y él la buscó por partes y con veladuras en la Historia. Toda su filosofía fué una filosofía histó-

rica; en el fondo, muy triste. Asistió al espectáculo que se da a sí mismo el gran Corego del Universo, como le llamó, el Empresario de la Historia, y cumplió en la función su papel.

¡Triste Historial! «La historia del mundo es la historia de Troppmann. Si Troppmann hubiera conseguido salvarse en América, se habría hecho conservador después de haber sido asesino, y habría hecho del bien adquirido por otros un empleo muy brillante»—dice. ¿Pesimismo? La cosa es vivir en la Historia; vivir, esto es, no morir y eternizarse.

Porque la congoja de la inmortalidad persiguió siempre al aparentemente resignado. «A ella, a la fe en la inmortalidad, se debe los ejércitos—decía—y las victorias; se mata para sobrevivir.» Este es un estribillo que suena a cada paso en sus escritos. La religión era para él algo más y mejor que una moral. Pero no un dogma. Odiaba el dogmatismo inquisitorial—no inquisitivo—; aborrecía a los fanáticos, y su odio a ellos llegó hasta a celebrar a Mr. Homais.

La congoja de la inmortalidad, que era una cosa con la añoranza de su fe de niño, de criatura del Dios de Jesús, le hacía ir a buscar en el estudio, en la rebusca constante, el olvido a su pesar más hondo. Y escarbaba en la conciencia. Y en darse conciencia de todo, en hacerlo todo conciencia, buscó el remedio a la inmortalidad soñada. Buscó sus goces más puros «en el ejercicio calmoso y desinteresado de su pensamiento». «Dame tan sólo la vida—le decía a su Dios—, que yo me encargo del resto.» Y su vida era su pensamiento, era la conciencia de la acción de todo, que es una acción. El Teocrista de sus *Ensueños* (*Diálogos*) sueña que «al término de evoluciones sucesivas, si el Universo se reduce a un solo sér absoluto, este sér será la vida completa de todos; renovará en sí la vida de los seres desaparecidos, o si se prefiere, en su seno revivirán

cuantos han sido». Es el ensueño pauliniano de la reconstitución, de la apocatastasis, de la recaudación de la conciencia universal humana de que leemos en la Epístola a los Efesios. Ensueño que en el pobre Nietzsche, el león loco que soltaba dolorosas carcajadas de desesperación, se convirtió en lo de la *vuelta eterna*. Y a Nietzsche precedió Renán también en aquello otro del trashombre—*Uebermensch*—, y soñado con una serena claridad de lengua francesa—el ensueño es lenguaje—, de esa lengua que se hizo, decía, para dudar. Y dudar es soñar. «Los que, como yo — decía, hablando de Amiel, alma protestante—han recibido una educación católica, guardan de ella profundos vestigios; pero estos vestigios no son dogmas, son ensueños.» Y un ensueño era el de la inmortalidad final, el de la última reconstitución de la conciencia histórica. «¿Quién sabe—decía en la *Vida de Jesús* (capítulo XVII)—si el último término del progreso, en millones de siglos, no traerá la conciencia absoluta del Universo y en esta conciencia el despertar de todo lo que ha vivido? Un sueño de un millón de años no es más largo que un sueño de una hora.» Y en su libro sobre *El Anticristo* (cap. XVII) nos habla de «la conciencia del sér agrandándose sin cesar» y de «la posibilidad de un estado en que todos serán en un sér definitivo (Dios) lo que los innumerables brotes de un árbol en el árbol, lo que las miríadas de células del sér vivo son en el sér viviente»; un estado en que todos los que hayan sido «revivirán en la vida de Dios, verán, gozarán en El, cantarán en El un eterno aleluya». ¡Pobre soñador! El pensamiento no se resigna a hacerse tierra.

Y soñó a su patria y fué un político. Un político, sí, y de fe. Su pensamiento





fué su acción. Para ser lo que llamamos un político militante, gubernamental— los de oposición lo son también—, le sobró conciencia; para ser actor le sobró espectador. En su carta a Strauss, cuando la guerra del 70, se preguntaba si Bismarck era filósofo, si veía la vanidad de todo lo que hacía sin dejar de trabajar con ardor en ello, o si no era más bien un creyente en política, un iluso de su obra. Y es que la fe patriótica, política, de Renán era como su fe religiosa: un ensueño de anhelo, de pasión

y de tristeza. Como el padre del niño endemoniado de que nos habla el Evangelio (Marcos, IX, 24), Renán pudo decir: "¡Creo, ayuda a mi incredulidad!".

Fe comentada en duda, en dulce desesperación resignada; un necio diría que fe de pesimista. "Acordémonos -dice en La reforma intelectual y moral- que la tristeza sólo es fecunda en grandes cosas y que el verdadero medio de levantar a nuestro pobre país es mostrarle el abismo en que está".

Tal fué la fe religiosa, científica y política de aquel sacerdote truncado que odió el dogmatismo, que odió la mentira consabida y consentida, que huyó de la germánica "pedantería del atreivimiento" (pedantisme de la hardiesse) -se refería a Feuerbach-, y que sonriendo, con los labios de boca amargada por el pasto de la tragedia de la Historia, alimentó los ensueños de los que sienten el vacío del Dios Hombre, de los que ansían congojosamente pensar y ser pensados por las eternidades de la eternidad.

Miguel de UNAMUNO

